

Sobre pandemias y distopías, una reflexión necesaria sobre el mundo que vendrá

CARLOS FEDERICO **LUCIO LÓPEZ***

LENIN VLADIMIR **CONTRERAS PIÑA****

La pandemia de la COVID-19 coloca a la humanidad en un punto de inflexión interpretado como una fenomenología del fin, aunque también renueva la ilusión del desarrollo. Como expresión de las distopías contemporáneas, la actual crisis del capitalismo engarzada con la pandemia significa el colapso de la modernidad. Cabe preguntarse si estamos en la antesala del fin del capitalismo o, a lo sumo, en el término del modelo económico vigente. Sin embargo, la disyuntiva no sólo supone la desaparición del modelo, sino que también su posible radicalización bajo un semiocapitalismo de corte tecnoautoritario. Al respecto, es necesario combatir las estrategias de restauración autoritaria del capital y desactivar la degradación natural y humana, para comprometernos con las diversas estrategias de reproducción de la vida. Proponemos deconstruir las narrativas modernas y sus principales distopías, donde el desarrollo figura como la nueva religión del crecimiento económico para construir una vida poscapitalista, basada en la expansión de las capacidades y potencialidades del florecimiento humano y la autonomía creadora de un modo de producción convivencial.

Todo lo estamental y estancado se esfuma;
todo lo sagrado es profanado, y los hombres,
al fin, se ven forzados a considerar serenamente
sus condiciones de existencia y sus relaciones
recíprocas.

Karl Marx y Friedrich Engels

El punto de inflexión

El confinamiento provocado por la expansión global de la COVID-19 ha producido una amplia y abigarrada diversidad de reacciones. Las más grotescas no sólo pasan por las comunidades negacionistas que aseguran la inexistencia de cualquier virus, y atribuyen la cuarentena a todo tipo de teorías de la conspiración, sino también por quienes promueven la anticipación del des-

hielo mediante la apertura comercial y la satisfacción compulsiva de la fiebre consumista produciendo largas filas en tiendas departamentales, con el regreso de la tan ridículamente declarada «nueva normalidad». Dentro del enorme ruido mediático que genera la crisis actual, abundan las voces que anuncian a los cuatro vientos el fin del capitalismo, aunque parece un fin muy caprichoso si lo juzgamos a partir de las multitudes desesperadas por reproducir el triángulo diabólico entre publicidad, crédito y consumo.¹

¹ «Se necesitan tres ingredientes para que la sociedad de consumo pueda continuar su ronda diabólica: la publicidad, que crea el deseo de consumir; el crédito, que proporciona los medios, y la obsolescencia acelerada y programada de los productos, que

*Doctor en Ciencias Sociales, CIESAS-Occidente
**Estudiante del Doctorado en Desarrollo Rural, Universidad Autónoma Chapingo

Por eso no parece que todo lo sólido se desvanezca en el aire, sino en una mueca irónica como decía Armando Bartra cuando puso de relieve algunas preguntas, que desde hace tiempo se volvieron necesarias e inevitables, en torno a la crisis terminal del modo de producción que caracterizó al mundo moderno. Wallerstein identificó el proceso de transición del sistema-mundo como un proceso de mediana-larga duración que se pondría en marcha, sobre todo, al presentarse la imposibilidad del sistema para superar sus crisis recurrentes y el surgimiento de comportamientos asintóticos que provocarían eventualmente una nueva crisis y una bifurcación.

Naturalmente, no podemos saber si las consecuencias de esto serán mejores o peores, pero estamos obligados como analistas sociales a intentar darle una dirección a ese cambio que nos conduzca hacia el mejor escenario posible. Sin embargo, el punto de inflexión que vivimos ahora sucede en un momento donde la mayoría de los análisis proponen una suerte de fenomenología del fin, y se abre paso la necesidad de revisar las fortalezas o las debilidades que tantas ilusiones provocaron las que ahora no son sino distopías contemporáneas.

En la historia del hombre, decía Wallerstein,² hay grandes líneas divisorias, siendo la domesticación de la agricultura durante la revolución neolítica la primera de ellas, y la emergencia del capitalismo y el mundo moderno durante el largo siglo XVI, la segunda. Con la crisis actual, nos encontramos presenciando, por fin, el abrupto colapso de la modernidad. La pregunta que deberíamos tratar de responder es si estamos también en la antesala del fin del capitalismo o, cuando menos, el fin de este modelo económico tal como lo conocemos, porque la disyuntiva puede ser no sólo que desaparezca, sino que se radicalice bajo un semicapitalismo de corte tecnoautoritario en la hipótesis deleuziana de la sociedad de control, en la que por supuesto ya nos encontrábamos de

renueva la necesidad», Serge Latouche, *Pequeño tratado de decrecimiento sereno*, Cideci, México, 2013, p. 26.

² Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. 1, México, Siglo XXI, 2007.

distintas maneras y desde hace algún tiempo, pero cuya radicalización parece ahora inevitable.³

Con este trabajo, nos proponemos avanzar algunas hipótesis sobre la disyuntiva que se presenta en las actuales dinámicas de acumulación, en un sentido que para nosotros es cada vez más claro, en torno de la necesidad de combatir las estrategias de reproducción del capital para comprometernos seriamente con las diversas estrategias de reproducción de la vida. En este sentido, proponemos un somero ejercicio de deconstrucción de las narrativas modernas y sus principales distopías en cuanto al desarrollo como la nueva religión del crecimiento económico, cuya metáfora principal está expresada en la falacia desarrollista.⁴

El mito de la modernidad y su correlato desarrollista

La modernidad es un fenómeno semiótico-estructural de larga duración, cuya arquitectura de dominación y de poder descansa en una matriz colonial que articula y controla las formas de autoridad a través del Estado moderno, las distintas formas de explotación del trabajo por la economía capitalista, la producción de subjetividad a través del conocimiento ilustrado, y la sexualidad humana a través de la institución familiar heteronormada. Todo esto atravesado también por el racismo y el patriarcado. Es decir, esta realidad semiótico-estructural configura una arqueología del poder y del saber de origen moderno-colonial que debemos poner de relieve, no sólo para formular una crítica sino para empujar su completo desmantelamiento.

Uno de los objetivos del análisis es hacer evidente que incluso el fin del capitalismo no resolvería nada si dejamos inalterados los otros componentes de la matriz colonial de poder. Lo que nos interesa es poner en perspectiva un patrón histórico de poder característico de la modernidad/colonialidad que encierra presupuestos epistémicos, políticos y económicos que debemos cuestionar a profundidad, puesto

³ Deleuze, *Conversações 1972-1990*, São Paulo, Editora 34, 1992.

⁴ Arqueológicamente, debemos situar esa falacia desarrollista en el origen del mito de la modernidad. Enrique Dussel, *1492 El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del «Mito de la modernidad»*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2008. La modernidad está fundada en una retórica de la alteridad que se renueva constantemente como una retórica de la discriminación. Desde el siglo XVI Ginés de Sepúlveda justificó la guerra contra los indios porque el derecho natural así lo indica «los más poderosos y más perfectos [imperan] sobre los más débiles e imperfectos (...) habiendo unos que por naturaleza son señores, otros que por naturaleza son siervos», Juan Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 85. Con el eurocentrismo se articula una continuidad discursiva que presenta a la civilización occidental como la más desarrollada, y cuya misión civilizatoria y modernizadora tiene el deber moral de civilizar al bárbaro, o de desarrollar a las naciones subdesarrolladas como propuso Truman en 1949. Los teóricos de la dependencia también denunciaron esa falacia al afirmar que el subdesarrollo no es una fase previa, sino resultado del desarrollo. Es decir, «el actual subdesarrollo de América Latina es el resultado de su participación secular en el proceso del desarrollo capitalista mundial», André Gunder Frank, «Desarrollo del subdesarrollo: punto de vista de un economista comprometido», *Investigación Económica*, vol. 31, núm. 122, 1971, pp. 389-401.

¿Si con la actual
pandemia estamos
presenciando
el fin abrupto
de la modernidad,
esto significará
también el fin
del capitalismo?



que la observación compartimentada del sistema político (democrático), el sistema económico (capitalista) y el universo social (ilustrado/secular) dominantes, ocluye la realidad o la enmascara en un evidente reduccionismo.

Como se puede apreciar, desde nuestro punto de vista, la modernidad y el capitalismo son resultado del mismo proceso histórico originado en el siglo XVI, uno es constitutivo del otro y no un fenómeno aditivo. Es decir, hay un solo sistema histórico que Wallerstein califica como de economía-mundo capitalista, y una vez agotada su capacidad para superar las contradicciones expresadas en tendencias seculares, comportamientos cíclicos y surgimiento de asíntotas, conducirá inexorablemente hacia una bifurcación de donde surgirá «un (o más) sistema(s) sustitutivo(s)». ⁵ Por esta razón, si con la actual pandemia estamos presenciando el fin abrupto de la modernidad, ¿esto significará también el fin del capitalismo? Estamos seguros de lo primero; no obstante, por varias razones que pretendemos

⁵ Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, México, Siglo XXI, 2001, p. 145.

exponer aquí, abrigamos algunas dudas sobre la segunda parte de ese cuestionamiento. ⁶

Con todo, sabemos que hay tres comportamientos asíntóticos que determinan la crisis terminal del sistema del mundo moderno y que han abierto un proceso de transición. Las tres tendencias tienen que ver con una disminución progresiva de las tasas de ganancia en un contexto de acumulación. La primera es la desruarización del mundo y está relacionada con el relativo agotamiento del ejército industrial de

⁶ Para varios autores, la globalización es una radicalización y universalización de la modernidad. Sin embargo, desde un punto de vista antropológico la modernidad «debe ser vista como des-territorializada, hibridizada, confrontada, desigual, heterogénea e incluso múltiple». Arturo Escobar, «Mundos y conocimientos de otro modo», *Tabula Rasa*, núm. 1, pp. 51-86. Es posible que el capitalismo se comporte de forma análoga después de la crisis actual, y se reconstruya como un nuevo tipo de capitalismo con ramificaciones planetarias y comportamientos reticulares, cuyo mayor riesgo es la emergencia «a escala planetaria de un nuevo tipo de fascismo». Félix Guattari, *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004, p. 50. Para una discusión sobre la superación de la modernidad/colonialidad como proyecto de liberación de las víctimas de la modernidad, véase Enrique Dussel, *Posmodernidad y transmodernidad. Diálogos con Gianni Vattimo*, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

reserva a escala mundial, pues los reservorios masivos de mano de obra de China, Rusia e India, fueron ya incorporados en la década de los 1990. Este proceso también ha sido una creciente y desmedida urbanización, que en el contexto del antropoceno (en realidad debe llamarse *capitaloceno*)⁷ ha despertado todo tipo de patologías sociales como la universalización de la pobreza, la violencia generalizada, los problemas de movilidad, incluidos los de abasto y suministro, el hacinamiento, cuyo efecto acumulativo intensifica la crisis sanitaria, como queda demostrado ahora con la COVID-19.

La segunda tendencia secular que se acerca hacia una asíntota es la externalización de costos y la crisis ambiental generada en consecuencia, los ejemplos son tan evidentes con el cambio climático que no nos detendremos en mayores datos sobre este punto.⁸ Finalmente, el tercer comportamiento asintótico se da en la creciente democratización del mundo, en el sentido de la ampliación de derechos reflejados en la responsabilidad estatal de proveer servicios educativos y de salud, pues el gasto público derivado de la expansión de estas formas de Estado de bienestar significa una disminución de las transferencias de valor dirigidas hacia la acumulación de capital.

La cereza en el pastel que asegura el fin de este sistema histórico es consecuencia de la crisis de las izquierdas que, según Wallerstein, es el mayor de los peligros para el capitalismo porque algunos movimientos antisistémicos representaban la mejor de las garantías para la reproducción del sistema en cuanto mantenían vigente la promesa del porvenir, y en ese sentido los movimientos «legitimaban tanto el optimismo como la paciencia» de un futuro que nunca llegó ni llegará.⁹ En resumen, las capacidades de expansión

⁷ Jason W. Moore, *Anthropocene or capitalocene? Nature, history, and the crisis of capitalism*, Oakland, PM Press, 2016.

⁸ Véase Naomi Klein, *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*, México, Paidós, 2019; Naomi Klein, *On fire. The burning case for a green new deal*, Toronto, Alfred A. Knopf Canadá, 2015.

⁹ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, p. 151. En el caso mexicano una oposición de «izquierda» que demoró 18 años en llegar al poder, promovió la idea de que el

de la economía-mundo han alcanzado sus límites geográficos, dice Wallerstein, aunque también sus límites discursivos, ideológicos y subjetivos.

La premisa teleológica y evolucionista del progreso como camino natural del comportamiento histórico es demostradamente falsa. Por lo tanto, y a pesar de que lo natural es el cambio social a lo largo del tiempo, ese cambio no tiene una carga axiológica determinada, es decir, no es necesariamente mejor o peor, en todo caso es incierto, y aunque algunos académicos suponen que la principal tarea de las ciencias sociales es analizar el cambio, lo que nosotros consideramos como el principal objetivo de la ciencia social es la disminución de la incertidumbre, y con esa perspectiva construimos esta reflexión que pretende interpretar algunos desafíos analíticos que nos genera la crisis sanitaria de la COVID-19.

El fin de la religión del crecimiento económico (ilimitado)¹⁰

Es bien conocido que fue en el discurso de la toma de posesión de Harry Truman, pronunciado en 1949, cuando se produjo el origen de la división de los países del mundo entre desarrollados y subdesarrollados. «Debemos emprender —dijo Truman— un nuevo programa audaz que permita que los beneficios de nuestros avances científicos y nuestro progreso industrial sirvan para la mejoría y el crecimiento de las áreas subdesarrolladas».¹¹ No es seguro si Truman lo sabía, pero había postulado una nueva religión: la del desarrollo. Al nuevo credo no tardaron en llegar apóstoles y creyentes. Durante los últimos 50 años las ciencias sociales en general han discutido toda suerte de teorías del desarrollo, aun así la pregunta ¿qué es el desarrollo? está mal formulada, la correcta sería ¿qué se desarrolla?, y todo el mundo sabe que lo que se desarrolla es la economía capitalista. Por tanto, la división axial del mundo entre desarrollo/subdesarrollo es falsa, puesto que el subdesarrollo no es una etapa previa del desarrollo sino su consecuencia.

El marxista italiano Lucio Colletti señalaba en su estudio sobre el *Marxismo y la teoría del derrumbe* que los autores de la teoría económica neoclásica jamás dijeron nada sobre el fin del capitalismo

fortalecimiento de las instituciones estatales sería la mejor forma de transformar todo el sistema en general. Los resultados han sido tan desastrosos a un año y medio de distancia, que el desengaño de lo que en realidad no era más que una domesticada estrategia de oposición del propio sistema, ha generado una pérdida definitiva de la confianza en estas singulares ideologías de salvación que representaron los partidos políticos hasta hace muy poco tiempo.

¹⁰ La idea de un desarrollo que impone la premisa de que «más» es equivalente a «mejor» es también una falacia, puesto que el crecimiento ilimitado, bajo una lógica de suma cero, implica que «toda producción corresponde necesariamente a una destrucción», Gilbert Rist, *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2002, p. 27.

¹¹ Gustavo Esteva, «Development», en Wolfgang Sachs, *The development dictionary*, New Jersey, Zed Books, 1992, p. 6.

porque para ellos, sencillamente, el capitalismo era eterno.¹² Independiente de la escuela, la inglesa de Stanley Jevons y Alfred Marshall, la austriaca de Anton Menger y Eugen von Böhm-Bawerk, o la francesa de Léon Walrasel, el aparato conceptual neoclásico presupone que el capitalismo es natural,¹³ y prescinde de las relaciones sociales históricas o las formaciones económico-sociales, en cambio, enfatiza exclusivamente los temas relacionados con los usos de los recursos productivos disponibles y los medios escasos.

La piedra angular de tal concepción radica en la universalización del capital, pues éste se encuentra presente en todo momento. Para los neoclásicos el capital lo es todo, es decir,

el arco, la flecha, la piedra o el palo con que el salvaje abate su presa, y cualquier cosa que sirva como medio de procurarse otra (...) es el medio de producción como tal, independientemente de las relaciones históricas y sociales en que se lo emplee (...) de hecho, el capitalismo no es un fenómeno histórico, algo surgido en el tiempo y destinado a pasar, sino una institución que subsiste desde los orígenes del mundo.¹⁴

Eternizar el capitalismo implicó que los modelos económicos neoclásicos concibieran el «equilibrio general» como la tendencia dominante de la economía y del mercado capitalista, y cuando esto no ocurriese, por fluctuaciones en la oferta y demanda de mercancías, el desequilibrio solo representaría un momento previo al equilibrio. De aquí surge la máxima neoliberal: creer que el mercado se autorregula. Es por esto que Friedrich von Hayek, uno de los principales ideólogos del neoliberalismo y continuador de la escuela neoclásica-austriaca, defendía «la idea según la cual el liberalismo, sin Estado interventor, es un sistema que puede conducir las economías capitalistas a un equilibrio económico dinámico, que hoy podría ser definido como <óptimo>».¹⁵

El credo que profesa la eternidad del capitalismo y el supuesto de que éste tiende generalmente a un estado óptimo o equilibrio general, fue vulgarizado de forma precisa por la consigna thatcherista de «No Hay Alternativa» (conocida como TINA: There Is no Alternative). El descaro no dejaba nada a la imaginación. Si el mercado capitalista se autorregula, no hay por qué buscar alternativa, y si no hay alternativa, el capitalismo no tiene fronteras espaciales ni límites en el tiempo.

Después de 40 años de políticas neoliberales basadas en los preceptos neoclásicos, la humanidad ha sido testigo de la profanación

de cada espacio social por las relaciones mercantiles: desde los nuevos cercamientos,¹⁶ pasando por la renta de la vida,¹⁷ hasta la predatoria relación del capital con la naturaleza, derivada de las «deforestaciones en aras del agronegocio», la capitalización de alimentos a base de animales salvajes o la ganadería industrial,¹⁸ o los servicios ambientales de los bosques y selvas. Esto sin olvidar la explotación cada vez más feroz de la fuerza humana de trabajo, al punto de revivir formas de esclavitud.¹⁹ Todos estos fenómenos son el resultado de la materialización del ideario neoliberal sustentado en la teoría neoclásica que impulsa religiosamente el crecimiento económico ilimitado y con ello la expansión de las fuerzas deletéreas del capitalismo.

Cabe aquí explicar la polisemia de los conceptos capital y capitalismo. Si bien, para el pensamiento neoclásico el concepto capital es sinónimo de factores de producción, sin importar la época histórica, para Marx es una relación social históricamente determinada, lo cual supone que no han existido siempre y no tienen por qué existir eternamente.²⁰ Esta última concepción del capital y su despliegue histórico concreto en el modo de producción capitalista permitió a Marx desentrañar los mecanismos de acumulación de capital, y con ello concebir la posibilidad del fin del capitalismo, no como resultado de fuerzas exógenas o naturales, sino como un destino forjado por el desenvolvimiento de sus contradicciones internas,

¹⁶ Massimo de Angelis, *Omnia sunt communia. On the commons and the transformation to postcapitalism*, London, Zed Books, 2017.

¹⁷ Armando Bartra, *El capital en su laberinto: de la renta de la tierra a la renta de la vida*, México, Ítaca, 2006.

¹⁸ Rob Wallace, Alex Liebman, Luis Fernando Chaves y Rodrick Wallace, «Covid-19 y los circuitos del capital», *Viento Sur*, 9 de abril de 2020, en <https://vientosur.info/spip.php?article15833>

¹⁹ David Harvey, *El enigma del capital y la crisis del capitalismo*, Madrid, Akal, 2012.

²⁰ El marxista soviético Isaak Illich Rubin (1974) señalaba que la economía política trata de las relaciones de producción específicas de la economía capitalista en su interacción con las fuerzas productivas de la sociedad. Rubin enfatiza este punto para reconocer que a diferencia de la teórica económica, que se ocupa sólo del proceso técnico material, la economía política parte de la unidad entre el proceso técnico-material y sus formas sociales, es decir, de la totalidad de las relaciones entre las personas.

¹² Lucio Colletti, *El marxismo y el «derrumbe» del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978, p. 19.

¹³ Ana Gloria Madruga Torres, Miguel Torres Pérez, Raúl Carballosa Torres, Aristides Pérez Romero, *Las asignaturas macro y microeconomía a la luz de la teoría marxista leninista*, Eumed, 2007, en www.eumed.net/libros/2007a/

¹⁴ Lucio Colletti, *op. cit.*, p. 14.

¹⁵ Rebeca Gómez, «La teoría del ciclo económico de Friedrich von Hayek: causas monetarias, efectos reales», *Cuadernos de Economía*, vol. XXVII, núm. 48, 2008, pp. 47-69.

pero sobre todo de la lucha de clases —relaciones— entre las clases sociales.

Más crecimiento económico es más capitalismo y, por tanto, ampliación de las relaciones estrictamente capitalistas: ampliación de la reproducción ampliada de capital, ampliación de los procesos de acumulación por desposesión, ampliación de la concentración y centralización del capital, ampliación del mercado y de los circuitos de circulación, y con ello ampliación del socavamiento de «los dos manantiales de toda riqueza: la tierra y el trabajador».²¹

Es por eso que, pese a toda la pléyade de apoletas que aparecieron con el advenimiento de la versión neoliberal del capitalismo, su desenvolvimiento muestra ineludiblemente que éste tiene fronteras materiales y límites temporales. Son estos límites los develados trágicamente por la COVID-19, y al igual que la concepción materialista de naturaleza jaqueó a la teología natural,²² una concepción científica del significado histórico de la pandemia puede jaquear la religión del crecimiento económico ilimitado. La pandemia demostró que la expansión capitalista no puede extenderse de forma ilimitada ni en las geografías ni en los calendarios. Wallace *et al.* han demostrado que al igual que la COVID-19, la salmonela, la fiebre porcina, el H1N1, y 60 por ciento de los nuevos patógenos humanos emergentes se han generado en las fronteras de la producción de capital y transitan desde un origen zoonótico de «comunidades de animales salvajes a las comunidades humanas locales», por medio de la cadena alimentaria del «reservorio más remoto al centro demográfico más internacional».²³

Evidentemente, la posibilidad de liberar patógenos mortíferos para la humanidad, derivado de diversas formas de extractivismo, debería constituir un límite sociobiológico a la expansión de capital. Pero no es el único, la fractura metabólica entre sociedad-naturaleza, empujada por la lógi-

ca de la producción capitalista de incrementar la productividad y la escala de la producción, está agotando de forma creciente la fertilidad del suelo o alterando el proceso de restauración de los ciclos bióticos que se desarrollan en la naturaleza, lo que implica que los tiempos de la regeneración natural se ven ampliamente superados, lo cual engendra, por un lado, una crisis de subproducción de los recursos y condiciones para la reproducción del capital, y por otro, la imposibilidad de ampliar sus fronteras.²⁴

En lo particular, la crisis de subreproducción de los recursos y las fronteras naturales, aunque han sido compensadas por fenómenos de despojo, han impactado en el incremento de los precios de las materias primas,²⁵ lo cual es perjudicial para el capital porque el incremento de los costos de las materias primas impacta de forma negativa en la tasa de ganancia, pues conduce a incrementar el volumen del capital constante sobre el capital variable, y con ello la composición orgánica de capital.²⁶ Otro límite exhibido por la pandemia, está relacionado estrictamente con el funcionamiento económico del capitalismo. Destacados economistas documentan que el problema es que el coronavirus llegó en un momento donde el capitalismo presentaba una gran debilidad debido al agotamiento de las ganancias de productividad y a las «bajas tasas de interés que han inflado el capital ficticio, que, aunque más rentable implica mayor riesgo».²⁷

Al parecer, *el capitalismo contemporáneo se encuentra en una encrucijada que se asemeja a la situación de la Gran Depresión de 1929, cuya salida real fue el proceso de reconstrucción de Europa tras la Segunda Guerra Mundial*. Es por ello que tiene relevancia lo que apunta Gilberto López y Rivas o Noam Chomsky: el capitalismo puede colapsar por el cambio climático o una guerra nuclear, pero esto amenaza con colapsar a toda la humanidad.²⁸ La posibilidad del colapso a la que tan aceleradamente nos está llevando la crisis civilizatoria²⁹ o crisis epocal,³⁰ o crisis multidimensional del capitalismo, parafraseando a

²⁴ Kohei Saito, «Marx en el antropoceno: valor, fractura metabólica y el dualismo no-cartesiano, 2019, en <http://marxismoyrevolucion.org/wp-content/uploads/2017/11/Kohei-Saito-Marx-en-el-Antropoceno-trad.-CPM.pdf>

²⁵ François Chesnais, «Situación de la economía mundial al principio de la gran recesión Covid-19: referencias históricas, análisis y gráficos», *Sinpermiso*, 2020, pp. 1-21, en <https://www.sinpermiso.info/textos/situacion-de-la-economia-mundial-al-principio-de-la-gran-recesion-covid-19-referencias-historicas>

²⁶ Karl Marx, *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 101-141.

²⁷ Michel Husson, «Neoliberalismo contaminado», *Viento Sur*, 2 de abril de 2020, en <https://vientosur.info/spip.php?article15793>

²⁸ Gilberto López y Rivas, «Necropolítica, colapso y coronavirus», *La Jornada*, 20 de marzo de 2020; Noam Chomsky, «Entrevista al filósofo y politólogo Noam Chomsky», *Rebelión*, 30 de marzo de 2020, en <https://rebelion.org/la-pandemia-es-otro-caso-de-la-falla-masiva-del-mercado-como-el-calentamiento-global/>

²⁹ Armando Bartra, «Crisis civilizatoria», en Raúl Ornelas (coord.), *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013, pp. 25-72.

³⁰ Luis Arizmendi, *El Capital ante la crisis epocal del capitalismo*, México, Instituto Politécnico Nacional, 2019.

²¹ Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, México, Siglo XXI, 2005, p. 613.

²² John Bellamy Foster, *La ecología de Marx*, España, El Viejo Topo, 2000.

²³ Rob Wallace *et al.*, *op. cit.*

Toussaint,³¹ nos obliga a romper radicalmente la lógica de la acumulación capitalista y a planificar de forma urgente el decrecimiento, el posdesarrollo y la defensa de los comunes.

La fenomenología del fin y el mundo que vendrá

La fragilidad de la vida y del capital exhibida de forma descarnada por la pandemia, ha puesto en la escena pública un gran debate: la continuidad o derrumbe del capitalismo y la necesidad de pensar nuevas formas de sociedad. Incluso, la disyuntiva se presenta como resultado de esta crisis multidimensional bajo un conflicto entre la vida o el capital.³² Ahora que la producción ha entrado en crisis, cobra mayor importancia el valor de la reproducción social, y de la economía del cuidado, si lo pensamos en la perspectiva de la sostenibilidad de la vida.³³ Por lo tanto, cabe preguntarse si estamos en la antesala del fin del capitalismo, o cuando menos del fin de este modelo económico, ¿qué le depara a la humanidad en un futuro cercano? ¿Tal vez una nueva forma de capitalismo (peor que la anterior) o una sociedad basada en la cooperación, la reciprocidad y la solidaridad? ¿Es posible la construcción de una sociedad poscapitalista sin el desmantelamiento del poder político de las clases y élites? ¿Es posible la erradicación del capitalismo sin el exterminio del poder económico de la burguesía, de su insaciable sed de ganancia, de su lógica explotadora del hombre y expoliadora de la naturaleza? Creemos que no.

Si bien, en el escenario previo a la pandemia se presentaron grandes manifestaciones populares en Francia, Chile, India, Ecuador, Haití, Honduras, entre otros países, contra las medidas neoliberales, también es verdad que existía un meteórico ascenso de las fuerzas sociales de la extrema derecha y el fascismo en América Latina, Europa y Estados Unidos. No sólo fue Donald Trump en Estados Unidos, o el ascenso de los gobiernos racistas y autoritarios en América Latina, como el de Sebastián Piñera en Chile³⁴ y Mario Abdo Benítez en Paraguay, ambos desde 2018, el de Jair Bolsonaro en Brasil o incluso el triunfo del ultraderechista Luis Lacalle Pou en 2019, quien terminó con 15 años del gobierno socialdemócrata del Frente Amplio en Uruguay, o el golpe de Estado contra Evo Morales en Bolivia en 2019. El carácter profundamente oscurantista y reaccionario de estas fuerzas se pone de manifiesto con el tratamiento de la emergencia sanitaria.

³¹ Eric Toussaint, «No, el coronavirus no es responsable de la caída del precio de las acciones», *Viento Sur*, 10 de marzo de 2020, en <https://vientosur.info/spip.php?article15699>

³² Ulrich Duchrow, y Franz Hinkelammert, *La vida o el capital. Alternativas a la dictadura global de la propiedad*, México, Df, 2004.

³³ Amaia Pérez Orozco, *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014.

³⁴ En 2010 Sebastián Piñera se convirtió en el primer presidente de derecha en ganar una elección desde la dictadura de Pinochet. Su primer periodo de mandato fue de 2010 a 2014.

Es por ello que la pandemia, tal como señala Byung-Chul Han y Atilio Boron, no tumbará al capitalismo, incluso en esta disyuntiva puede ser que el capitalismo se radicalice y reestructure, tal como lo hizo en el periodo de la segunda posguerra, bajo la forma de capitalismo de Estado o Estado Benefactor, pero también, y más grave aún, después de la crisis de 1970, bajo la apariencia de neoliberalismo, cuya consecuencia más visible ahora es la disminución de la capacidad del Estado, y de los servicios de salud para enfrentar una pandemia como esta. Pareciera, como apunta Boaventura de Sousa Santos, que el capitalismo no tiene futuro, aunque no necesariamente tendrá que desaparecer, más bien, «puede subsistir como uno de los modelos económicos de producción, distribución y consumo, entre otros, pero no el único».³⁵

Con todo, el binomio Estado-mercado, en el sentido de la relación que históricamente caracterizó la forma del Estado y el modo de producción capitalista propio de la modernidad, ha perdido su capacidad de articulación bajo el neoliberalismo, y nuevos ensamblajes o constelación de poder entran en juego, pues los actuales circuitos del capital adoptan nuevas dinámicas de circulación alentadas por la guerra, los desastres naturales y los problemas ambientales. En esta perspectiva, ¿cuáles son las posibilidades que abre la crisis sanitaria para el capitalismo del desastre caracterizado por Klein?³⁶

Lo que podemos ver en el horizonte inmediato es la intensificación de una economía sacrificial de tipo necropolítico, bajo una subjetividad económica que relativiza el valor de la vida y pretende normalizar la muerte en una suerte de nuevo maltusianismo, expresado mediante una forma enmascarada de racismo que perfila a un sujeto reducido a la nuda vida, quien no es sacrificable pero donde nadie será condenado por homicidio si éste muere.³⁷ Es decir, el biopoder

³⁵ Boaventura de Sousa Santos, *La cruel pedagogía del virus*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2020, p. 67.

³⁶ Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Buenos Aires, Paidós, 2011.

³⁷ Giorgio Agamben, *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I*, Valencia, Pre-Textos, 2003.

cobra forma en un proceso de deshumanización que define quién es prescindible, y quién no, reforzando la impronta del capitalismo racial que denuncia Angela Davis.³⁸ Con todo, lo que podemos afirmar es que la pandemia radicalizará e intensificará las técnicas biopolíticas y necropolíticas que el Estado ya había puesto en marcha desde su viraje neoliberal bajo modelos securitarios y de vigilancia.

Por otro lado, el triángulo funesto (Hall, *dixit*) entre raza, etnia, nación revela un significativo étnico que, en el contexto latinoamericano, ha determinado lo que Agamben califica como el *homo sacer*, donde el dispositivo político de la excepción descansa en la posibilidad simultánea de proteger la vida tanto como de autorizar la muerte. Queda claro que la soberanía del Esta-

do no es ejercida solamente sobre los territorios, sino sobre los cuerpos en términos biopolíticos y necropolíticos. El confinamiento obligatorio experimentado por la crisis global de la COVID-19, ha normalizado la imposición del estado de excepción por razones sanitarias, pero de acuerdo con Harvey esta crisis tiene «todas las características de una pandemia de clase, género y raza»,³⁹ en donde la inmunidad «se construye colectivamente a través de criterios sociales y políticos que producen alternativamente soberanía o exclusión, protección o estigma, vida o muerte».⁴⁰ El primer Código de Bioética para la asignación de recursos

³⁹ David Harvey, «Política anticapitalista en tiempos de coronavirus», en VV.AA., *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, La Plata, Asociación para el Estudio del Pico del Petróleo y del Gas, 2020, p. 93.

⁴⁰ Paul B. Preciado, «Aprendiendo del virus», en VV.AA. *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, La Plata, Asociación para el Estudio del Pico del Petróleo y del Gas, 2020, p. 167.

La crisis llegó para quedarse, cualquier solución progresiva no producirá resultados en el corto plazo, además de que cualquier solución sigue estando más lejos que nunca.

³⁸ Angela Davis y Naomi Klein, *Construyendo movimientos. Una conversa en tiempos de pandemia*, São Paulo, Boitempo, 2020.



de medicina crítica, publicado por el Consejo de Salubridad General en México, es el ejemplo más nítido de todo esto.⁴¹

No es posible especular sobre el fin del capitalismo, mucho menos darlo por hecho, si no empujamos hacia el final de la narrativa completa de la modernidad, incluido el racismo y el patriarcado, pero también todas las estructuras derivadas del eurocentrismo, el androcentrismo y el antropocentrismo. Nunca como hoy resulta tan clara la propuesta de Boaventura de Sousa Santos sobre el «potencial de la traducción intercultural para crear alianzas basadas en la idea de que la comprensión del mundo es mucho más amplia que la comprensión occidental del mundo y que la emancipación social debe ser repensada con la misma amplitud».⁴²

Los efectos más visibles y graves del confinamiento obligatorio se reflejan en tres grandes sujetos: las mujeres, los migrantes y la población empobrecida de Asia, África y América Latina, regiones cuya tasa de empleo precario y desocupación laboral va de 50 a 70 por ciento, y vuelve así mucho más problemático seguir la instrucción de permanecer en casa. Las preguntas concretas para nuestro país son: ¿en qué condiciones se puede mantener aislamiento domiciliario para las mujeres y niños que deben convivir con sus agresores? ¿Cuál es la situación para 41 por ciento de mexicanos que viven hacinados en viviendas de uno o dos dormitorios? ¿Cuál es la condición de 92 millones de mexicanos pobres cuya subsistencia depende de salir todos los días a la calle? ¿Qué ocurre con los habitantes de ese planeta de ciudades miseria denunciado por Mike Davis?⁴³

Queda claro que la crisis sanitaria no la provoca el virus, sino el capitalismo, que en el contexto neoliberal desmanteló gradualmente los servicios sanitarios, modificó y empobreció la dieta mundial al reducir la diversidad gastronómica en menos de diez productos agroalimentarios, incrementando las enfermedades asociadas a la mala alimentación como la obesidad, diabetes, hipertensión, etcétera,⁴⁴ lo cual disminuyó la respuesta inmune de grandes grupos de población (particularmente los más pobres) que padecen altos niveles de morbilidad y, en consecuencia, son altamente vulnerables al virus, como ya se refleja en el índice de letalidad en México.

⁴¹ María de Jesús Medina Arellano y César Palacios-González, «Guía bioética de asignación de recursos de medicina crítica», en <https://www.ugto.mx/accionesug/images/pdf/guia-bioetica.pdf>

⁴² Boaventura de Sousa Santos, *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, Uruguay, Ediciones Trilce, 2010, p. 9.

⁴³ Mike Davis, *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Akal, 2016.

⁴⁴ Véase Khoury et al., «Increasing homogeneity in global food supplies and the implications for food security», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 111, núm. 11, pp. 4001-4006, en <https://doi.org/10.1073/pnas.1313490111>; Gerardo Otero, Gabriela Pechlaner y Efe Can Gürcan, «The neoliberal diet: fattening profits and people», en Haymes, Vidal y Miller (eds.), *The Routledge Handbook of poverty in the United States*, New York, Routledge, 2014; Eric Holt-Giménez, *A foodie's guide to capitalism. Understanding the Political Economy of What We Eat*, New York, Monthly Review Press, 2017.

El sistema agroalimentario global es una fábrica de pandemias, las últimas dos tienen origen zoonótico y provienen de prácticas asociadas a las formas de producción y consumo de alimentos. Los cambios que debemos poner en marcha tendrán que ser radicales, y estar en todos los niveles, empezando por la dieta, que deberían sostenerse no en las cadenas de suministro del régimen agroalimentario global, sino en sistemas locales de producción agroecológica. Si los sujetos más vulnerables de la crisis sanitaria y económica que vivimos, son las mujeres, los desocupados y los migrantes, la persistencia del capitalismo sólo hará más graves estas problemáticas por innumerables razones. Primero, porque la crisis llegó para quedarse, cualquier solución progresiva no producirá resultados en el corto plazo, además de que cualquier solución sigue estando más lejos que nunca.⁴⁵ Segundo, porque lo que parece ocurrir es que el capitalismo se adaptará a la nueva biopolítica del siglo XXI, y «pronto nacerá una forma más peligrosa de capitalismo, que contará con un mayor control y una mayor purificación de poblaciones» que la anterior.⁴⁶

En este escenario, ¿a qué conclusiones podemos llegar, y cuáles son las preguntas que, a pesar de no poder responder en este momento, es obligatorio empezar a formular? La primera de todas gira en torno del papel del Estado, que se encuentra dramáticamente enfrentado a la disyuntiva entre mantener su papel como regulador de las transferencias de valor bajo las diversas lógicas de acumulación, o la exigencia social de promover un mayor compromiso sobre las diversas y necesarias estrategias de sostenibilidad de la vida. Podemos adelantar que la salida nunca provendrá ni del Estado ni del mercado, y si queremos imaginar un futuro no sólo viable,

⁴⁵ Yascha Mounk, «No testing, no treatment, no herd immunity, no easy way out. We need to start preparing for a darker reality», *The Atlantic*, 28 de abril de 2020, en <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2020/04/stop-waiting-miracle/610795/>

⁴⁶ Franco Berardi, «Crónica de la psicodéflación», en VV.AA., *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, La Plata, Asociación para el Estudio del Pico del Petróleo y del Gas, 2020, p. 44.

sino posible, debemos abandonar mitos y creencias, entre ellas las del progreso, el desarrollo y el crecimiento económico. Los intentos de reforzar el actual Estado o de recuperar la economía capitalista (*tout court*) están encaminados a profundizar la tragedia, pues hoy como nunca está más vigente la tesis de Gramsci cuando afirmó que «la crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados».⁴⁷ Paradójicamente, la solución no provendrá del Estado, pero lo necesitamos. La escala y la magnitud de una transición socioecológica que nos ayude a prevenir los mayores riesgos de una reestructuración fascista del capitalismo no se podrá hacer sin instituciones estatales. Entregar los servicios de salud al capital, sólo haría más profunda la desigualdad, y afectaría a los más vulnerables como siempre. El Estado no es la solución, pero tampoco podemos renunciar a él, en todo caso debemos construir otro tipo de Estado, bajo otras premisas que ya no estén informadas por la narrativa de la modernidad/colonialidad.

Debemos asumir una transición socioecológica hacia la sostenibilidad que consiga relocalizar la economía a escala regional, basada en un Nuevo Acuerdo Verde Global (Green New Deal) no capitalista.⁴⁸ Promoviendo, en principio, el abandono del paradigma energético basado en los combustibles fósiles para avanzar hacia sociedades más limpias y sostenibles, que pongan en cuestión radicalmente un modelo de desarrollo basado en la industrialización y el modo de vida urbano, que ha probado cada vez más su insostenibilidad en el mediano y largo plazo.

Lo más importante no es descubrir ningún hilo negro; las alternativas al actual periodo de transición, acaso, resultan más claras o evidentes para quienes no necesariamente se dedicaban a estudiarlo, sino para innumerables sujetos que bajo diversas formas de insubordinación contra el capital, sostienen desde hace décadas múlti-

ples luchas por lo común,⁴⁹ adicionalmente esas alternativas ya estaban contenidas en algunas perspectivas teóricas, construidas desde abajo, que fueron planteadas cuando menos desde hace 40 años, como el decrecimiento, el ecofeminismo, el posdesarrollo, la defensa de los comunes, el ecomarxismo, el ecosocialismo, la ecología política y la convivencialidad de Illich, entre otras, que siempre mencionaron los límites del modo de vida occidental y de sus riesgos, de tal manera que ahora es más claro que nunca la necesidad de superar esta crisis mediante la adopción de formas de vidas más austeras, basadas en la reciprocidad, donde la reproducción social sea alcanzada mediante formas convivenciales o comunitarias, diseñadas a escala humana, que no nos darán elementos para soñar en grandes lujos y productos de consumo onerosos. Al contrario, renunciar a los ídolos del progreso es un imperativo ético en un momento en que «la organización industrial dominante está en vías de producir sufrimientos aún peores, so pretexto de aliviarlos».⁵⁰ Con esta renuncia pretendemos construir una forma de vida *poscapitalista*, con base en la necesidad de expandir todas las capacidades y potencialidades del florecimiento humano,⁵¹ y en la autonomía creadora de un modo de producción convivencial.⁵² El objetivo final debe ser impedir la restauración autoritaria del capital y desactivar los procesos de degradación natural y humana provocados por el sistema mundo moderno/colonial capitalista y patriarcal, «de qué otra forma podríamos llamar a esa cosa escandalosa?»⁵³ 🐦

⁴⁷ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, tomo 2, México, Era, p. 37.

⁴⁸ Naomi Klein, *op. cit.*

⁴⁹ Mina Lorena Navarro, *Luchas por lo común. Antagonismo social contra el despojo capitalista de los bienes naturales en México*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2015.

⁵⁰ Ivan Illich, *Obras reunidas*, tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 388.

⁵¹ Julio Boltvinik, *Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano* (tesis de doctorado), Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente, 2005.

⁵² «Un futuro deseable depende, en primer lugar, de nuestra voluntad de elegir una vida de acción en vez de una vida de consumo, de que engendremos un estilo de vida que nos permita ser espontáneos, independientes y, sin embargo, relacionarnos uno con otro, en vez de mantener un estilo de vida que sólo nos permite hacer y deshacer, producir y consumir —un estilo de vida que es sólo una estación en el camino hacia el agotamiento y la contaminación del entorno. Iván Illich, *op. cit.*, p. 239.

⁵³ Donna J. Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995, p. 340.